

## No veo, no siento, por lo tanto, no existe.

## Una denuncia ante la desesperación por ser

*Para Itzel,  
por aquella inmediación  
que hemos construido  
y llamado amistad.*

¿Cuántas veces nos hemos puesto a pensar en la existencia del otro? No en el sentido social que incluso nos venden en los medios de comunicación, sino en el sentido real, ese que surge como una entrega nata, como un darme al otro por la simple gratitud de existir. En realidad ¿hemos pensado así en el otro? es difícil cuando lo que más nos lleva tiempo, lo que nos acaba la vida no es más que el simple hecho de subsistir. La vida no nos da para hacer más ni mucho menos para pensar en más.

No se trata aquí de hacer un juicio de ningún tipo, no se trata de enunciar un “deber” porque entonces no sería yo, quien estuviera escribiendo esto. Lo que se pretende no es más que compartir una simple inquietud que como tantas, ha surgido de una experiencia.

La cotidianidad nos absorbe y lo hace de tal modo que nos comenzamos a mover desde un modo de vida muy tecnificado, la ciencia nos ha llegado y junto con ella muchos avances, pero también, quizás como dice Canetti “La totalidad del género humano que de repente se ha salido de la realidad”.

Hoy somos pero también no lo somos, esto gracias al sentido que ha cobrado nuestra existencia, una existencia con un sentido sin sentido, en donde lo que somos y lo que queremos ser, no es más que el resultado de la mercadotecnia que nos invade hasta las entrañas, ya sea por imagen o palabra. Estamos sometidos bajo el yugo de lo que Heidegger denomina la “dictadura del Se” en donde “se hace”, “se dice”, “se piensa”. Pero no se “Es” en realidad.

Existen sectores de la sociedad que ni siquiera son tomados en cuenta en esta dinámica de “productividad” y “mercadeo”, es precisamente a lo que me quiero abocar. ¿Qué pasa con todos aquellos seres que no vemos? pero que sabemos que existen, ¿qué pasa con ese sufrimiento del que tanto hemos es-

cuchado pero del cual no hemos sido testigos? Sí, los medios de comunicación también se han encargado de “sensibilizarnos” ante estas realidades pero ciertamente, ¿será la realidad lo que nos presentan? Ya lo decía Jean Baudrillard

Sólo nos queda la actualidad, la ‘acción’ en sentido cinematográfico y la ‘aucción’, la tasación del acontecimiento en la subasta de la información. El acontecimiento ya no tomado en la acción, sino en la especulación y en la reacción en cadena, concatenándose hacia los extremos de una facticidad que ninguna interpretación puede llegar a alcanzar [...] Y por lo tanto hacerse oculta y enigmática a semejanza de ellos, para abrir una vía a cierto vacío, a cierto sinsentido, a la inversa de los medios de comunicación empeñados en colmar todos los intersticios.<sup>1</sup>

Es sabido que la opinión general se ha ido conformando y formando con respecto a lo que nos “muestran” de los acontecimientos humanos, es como si los acontecimientos se transmitieran una consigna de huelga. Uno tras otro, desertando de su tiempo y transformando a la actualidad en vacía, en donde sólo cabe el psicodrama visual de la información. Pero ¿qué hay del drama real? ¿del drama de aquellas existencias que aún ante nuestros ojos, que soberbiamente y de modo equívoco dictaminan, deberían no existir pero que se empeñan en hacerlo? Este es el caso de muchos, de varios, que por infortunas de la vida se ven sometidos a la privación de una vida normal. Dicho sea el caso de las personas que obligadamente tienen que hacer de un hospital su nido, su hogar. Un espacio en el que lo único que importa es su propio cuerpo, el cuerpo que da lugar a la existencia, territorio de la memoria, de la desesperación y del deseo; lugar que se reivindican como algo propio, por ser vivido y existido, convirtiéndose en un espacio-tiempo en lo abierto.

Es sobre estos seres sobre los cuales he querido enfocarme porque es precisamente de ellos, de quienes aprende uno lo más esencial de la vida, son ellos quienes existen agarrándose de la vida como algo que se les escurre con el mínimo detalle; quienes nos pueden enseñar en qué consiste el verdadero existir.

<sup>1</sup> Baudrillard Jean, *La ilusión del fin, la huelga de los acontecimientos*, Barcelona, Ed. Anagrama, 1993, p.29.

Es cierto que nadie experimenta las situaciones hasta que se viven, pero también es cierto que cuando se es un testigo acérrimo, se logra captar e interpretar lo que acontece. Es esta la experiencia que me lleva a tratar de elucidar esta denuncia por el deseo de vivir y la desesperación de ser y seguir siendo de todas estas personas. De ninguna manera soy portavoz de alguien, si de esto se tratara, en todo caso buscaría serlo, pero del dolor, del sufrimiento que genera no sólo la condición en la que se encuentra el individuo sino la indiferencia de un mundo externo.

Ante esta gran indiferencia es que he querido enaltecer el llamado a la conciencia, pues parece que en estos tiempos tan indigentes, tan faltos de sentido, se ha vuelto necesario el irnos a los extremos. ¿Qué es lo que se alcanza a ver en estos seres, cuando por necesidad hay que permanecer mucho tiempo en su mundo? Un mundo en donde las calles, se convierten en pasillos, los habitantes, en pálidos seres con estetoscopios, los autos, en sillas de ruedas que viene y van. Es este un mundo, el mundo de un enfermo en el que las más auténticas sonrisas surgen en los sueños. Cuando se está en un hospital mucho tiempo, simplemente como un observador, se aprende a distinguir poco a poco las etapas por las que van pasando los habitantes de este mundo diferente al “real”. Primero le surgen los cuestionamientos, incluso, el enojo, posteriormente cuando se percata de que el enojo y el cuestionamiento no tienen cabida, le llega la resignación y finalmente, y esto es lo que me parece un gran misterio, le viene el agradecimiento. ¿Qué es lo que acompaña a todo este proceso como para llegar a este final? Al agradecimiento; quizá sea el dolor, ese dolor que si no se siente no se entiende, un dolor que hace que la existencia cobre otro sentido totalmente incomprensible para “los de afuera”. Un dolor que deja ver la realidad, la verdad; deja ver que la entrada a ese lugar no es más que el comienzo del drama, el posible camino a la muerte; en donde las distancias realmente son distancias. En donde las entradas y salidas se vuelven “quirofánicas” cada entrada y salida al quirófano genera la angustia por no volver o por regresar, pero siendo “otro”, o incluso, el temor por irse de cara a la muerte.

Las despedidas de un día a otro se tornan dramáticas porque a diferencia del mundo exterior, no se vive con la inconciencia del estar y no estar, en cada “hasta luego” se deposita la incertidumbre de no saber la certeza de ese “luego”.

En este sitio, el tiempo es relativo, se pierden las dimensiones de los años, pues te puedes topar con el niño más anciano del mundo. Aquí, cada día es una eternidad, una eternidad que se vive a la espera de las noticias, noticias que

en su mayoría son de muerte, la noticia de que el amigo se marcha pero no porque cambie de residencia sino porque deja de vivir, o la noticia de que ha llegado una droga nueva digna de ser experimentada. En este mundo, la vida es una batalla pero no por intereses económicos o políticos sino por el simple hecho de seguir viviendo.

Es impresionante ver cómo de un momento a otro, los llamados “enfermos terminales” se tornan idénticos, dejan de tener facciones que los caracterizan como individuos y pasan a ser “El individuo”. En donde ya no hay diferencia, en donde todos realmente “Son iguales”, ya no hay distinción, todos padecen exactamente lo mismo, “La huída a la muerte”.

Que más da si eres mejor o peor, si eres profesionista o no, si eres rico o pobre, si eres capitalista o socialista. Todos son humanos, todos son el “otro” y el “yo mismo” y todos luchan por lo mismo, por permanecer.

Es entonces en donde surge un sentido para nosotros, “los de afuera”, “los del mundo real” ya que me pregunto ¿cómo le hacen para poder vivir así? ¿qué clase de personas son que pese a esas penurias, a esos sin sabores y a esa cadena inacabable de síntomas y dolores, luchan por vivir? No puede negar uno el sentirse de repente culpable ante estas realidades, y no por el hecho de que se haga o no algo con respecto a ellos, sino con respecto a uno mismo. He llegado a pensar que quienes más necesitamos ayuda somos los de “afuera”, los que vivimos acostumbrados a las tragedias de los otros, los que sentimos que el mundo se acaba si no conseguimos lo que queremos, los que criticamos y hacemos juicios de lo que el político o el otro hace pero nosotros no hacemos. ¿Quiénes serán los que realmente están condenados a no ser? ¿quienes serán los que no tienen que luchar por su propia existencia porque ni siquiera saben cómo hacerlo? ¿es necesario llegar a los límites más extremos? ¿es necesario sufrir para darnos cuenta de que no sufrimos? No lo sé, simplemente considero que si existen seres que saben aprovechar la vida, agradecer los mínimos detalles de ésta, y amar todo lo que les rodea, son precisamente los que se encuentran en el límite, los condenados a muerte. Y es gracias a ellos, que quienes tenemos que presenciar este modo de vivir, que logramos abrir los ojos y podemos denunciar nuestra necesidad de ser, pero desgraciadamente la cotidianidad absorbe y el yugo del “Se” nos llega nuevamente a dominar. Por eso si es necesario habrá que repetirse día con día: *No me tengo que morir para amar la vida.*

**LAURA RUBIO BALLESTEROS**